

Muebles e interiores barrocos españoles

SE han publicado en estas páginas algunos comentarios acerca de la sección retrospectiva de la Exposición Internacional del Mueble y Decoración de Interiores celebrada en Barcelona en 1923. Queremos completarlos hoy señalando una de las faltas más sensibles de esa sección, la que, a pesar del buen deseo de sus organizadores, no conseguía dar idea del proceso histórico de nuestra decoración de interiores ni de sus hitos principales.

Nos referimos a la decoración barroca. Si es verdad que entre las reconstrucciones de los salones del pasado, figuraba una «Sala barroca mallorquina, de la primera mitad del siglo XVIII, reinado de Felipe V», tan sólo muy parcialmente podía dar idea de la riqueza, la pompa, la originalidad y el fausto maravillosos desplegados en nuestro país en el siglo XVIII. El barroco mallorquín es una de las muchas variedades regionales de ese arte en España, y, entre ellas, de las más influídas por el arte contemporáneo francés.

La sala cronológicamente anterior, la «barroca castellana, de fines del siglo XVII, época de Carlos II», tampoco alcanzaba a representar, con su zócalo de azulejos del siglo XVI y sus muebles—pequeños para la magnitud del salón y de un barroquismo atenuado y poco castizo—, toda una serie de ejemplares, principalmente castellanos, en los que ha quedado magníficamente plasmado el sentido decorativo exuberante y exagerado de la raza.

Encuéntrense hoy principalmente en sacristías, salas capitulares y bibliotecas de iglesias y conventos. Por razones no bien conocidas, los templos y casas religiosas gozaron en España durante el siglo XVIII de una gran prosperidad económica. En las últimas debió depender en gran parte del arreglo interior, pues al acabar los abades comendatarios que gastaban las rentas de los monasterios lejos de éstos y en propio provecho, encontráronse con numerosos recursos para emprender obras, producto de la acumulación de copiosas donaciones durante varios siglos. El dinero de América también debió contribuir en porción no pequeña a este auge constructivo y decorativo, juntamente con los años de paz después de los muchos de luchas constantes en las que se iban los caudales de la nación y los aportados de tierras lejanas.

El caso es que casi no se encuentra monasterio de alguna importancia en toda la Península que no ostente importantes construcciones de este período. En bastantes de ellos se allanaron templo, claustros y oficinas, contruídos modestamente en los siglos XII o XIII, para reconstruírlos de nueva planta, con magnificencia grande y extraordinaria suntuosidad barroca. Aun los monasterios cistercienses, olvidada ya al correr de los siglos la sencillez preconizada por el gran San Bernardo, vistiéronse con inusitada pompa. En las catedrales y templos parroquiales, los obispos, canónigos y sacerdotes tuvieron a gala hacer grandes reformas y ampliaciones. La actividad constructiva fué en esa época extraordinaria;

ARQUITECTURA

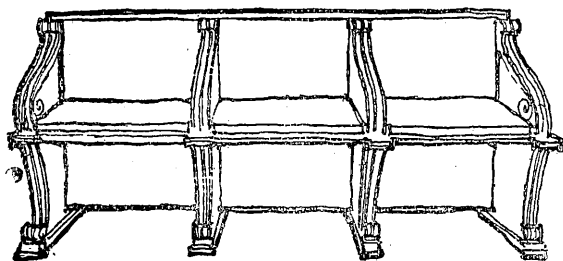
parece como si al libertarse de la dictadura grecorromana, tan uniforme, hubiera prisa por resarcirse con la profusión decorativa del barroquismo.

Buen ejemplo de ello son las sacristías de los templos de las cartujas del Paular y de Granada. En esta última población abundan los ejemplares excelentes de decoraciones barrocas, como el camarín de la Virgen de las Angustias. Mármoles de colores, serpentinas, jaspes, bronces, maderas ricamente talladas y doradas, pinturas en techos y bóvedas, cornucopias, tapices, grandes cuadros con marcos monumentales, contribuyen al esplendor de los interiores. Las sacristías ostentan ricas cajonerías de madera o de mármol. Y en estas amplias habitaciones vense esas mesas monumentales, recias, eternas, y los grandes sillones de cuero, tan hermosos algunos como el que reproducimos de la catedral de Salamanca.

Los interiores domésticos, excepto los de grandes palacios de poderosos magnates, no serían seguramente de tal riqueza y suntuosidad, reservadas entre nosotros para la Iglesia.

Algunos de esos muebles excesivos y pomposos hubiéramos deseado ver en la Exposición de Barcelona, representando una época muy interesante de la historia de nuestro mobiliario.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.



(Dibujo del arquitecto D. Pedro Maguraza.)